

17-0-92

A BONICO

(AIRES MURCIANOS)

LAS CARTAS DEL
EMIGRANTE

VIGENTE MEDINA

AÑO 1926

R. 13347

© Ayuntamiento de Murcia

EST^e
TAB^a
N.º 83

e 512 páginas. Contiene
a del autor hasta 1908,
cos de escritores ilus-

LA HUERTA - Aires mur-
s fotográficas de paisa-
la huerta, tomadas del

natural por el mismo autor.

LA CANCIÓN DE LA VIDA - Poesías.

ALMA DEL PUEBLO - Primeros ensayos poé-
ticos.

LA CANCIÓN DE LA MUERTE - Cuadros en
prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO - Poesía - Las cartas del emigrante
Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA - Poesía. Pia-
dosa lamentación, queja angustiosa, pro-
testa airada contra la locura sangrienta de
los hombres. Esto es este libro.

Amaos los unos á los otros (Libros para
Canciones de niños (niños y para
hombres - niños
ó sea ingenuos.

I YA REGADA ESTÁ LA TIERRA
CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES

II HONDOS SURCOS HAN ABIERTO
LOS TRABAJOS Y LAS PENAS

III SEMBRADORES, Á LOS CAMPOS
QUE ES EL DÍA DE LA SIEMBRA ! ...

TRIBULACIÓN Tres libros en un solo volu-
men de 400 páginas.

Libro I - Hacia la nueva Jerusalén

” II - Patria grande

” III - Ante la nueva fáb

Son en junto seis libro
escuetamente las tendencias
autor ante el desquiciamier
rialismo, militarismo, nacio
lismo y otros “ismo” ó abisn

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO
EST^e 17
TAB^a C
N.º 42

VICENTE MEDINA

ABONICO

(NUEVOS AIRES MURCIANOS)

LAS CARTAS DEL
EMIGRANTE

(REEDICIÓN)



OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN XXIV

1926

DERECHOS
RESERVADOS

VICENTE MEDINA

CARTAS

DE L

EMIGRANTE



MEDINA
VERA

NOTA

Las fotografías no son, precisamente, ilustraciones de los trabajos de este libro, sino detalles de ambiente en que el autor también ha puesto intención artística y cariño.



CARIÑOSO RECUERDO

El bueno de Raynaud cita como geniales ciertas frases de Beaudelaire que pasmaban de horror a los burgueses de su tiempo, aunque en realidad eran roncadas y "humbug", que decimos los ingleses, y por cierto que no se sabe qué admirar más: si la idiotez de dichos burgueses espantadizos o la majadería del poeta espantador.

Nada de eso — aunque imitado o plagiado por literatuelos nuestros, que han ejercido verbalmente de "Han de Islandia" — vale nada absolutamente.

A Raynaud, cuyo estudio me ha costado chelín y medio, o una fortuna en estos tiempos, no le entusiasma la poesía sobre las "nobles piernas" de la chambelona, y a mí me llena más el corazón el "Abonico" que acabo de recibir de ese poeta suave y límpido como agua manadera, hondamente sentimental y triste, pero sin hiel, como entraña de madre dolorida, que se llama Vicente Medina, poeta que vive para su compañera muerta a través del tiempo y del espacio, con un poema que lagrimea versos tan bellos y cordiales como los de "¡Si tú volvieras!..."; que, metido hasta el cogote en la prosa del vivir afanoso, todavía le queda alma para escribir poesías altruistas, como "La guerra"; que desde tan lejos como está oye sonar las campanas de España y huele el aroma de los azahares de Murcia.

Luis BONAFoux.

"Heraldo de Madrid" Nº 9777.

LIRISMO DE LAS CARTAS

LAS cartas nos dan lo más íntimo. La lírica de la Humanidad está en las cartas que ha escrito o dictado. Sencillas o afectadas, vulgares o finas, descubren siempre lo íntimo del carácter, tierno, duro, árido, sentimental. . .

Hemos observado esto en las cartas todas: en las de personajes, en las de eminencias intelectuales, en las más prosaicas del mundo de los negocios. . . En todas hay psicología humana honda y sutil.

Pero en las cartas que nosotros hemos hallado más intimidad (más lirismo exquisito), ha sido en las de procedencia humilde. . . en las llenas de incorrecciones, de incongruencias, de repeticiones monótonas. . . ¡todo tan espontáneo, tan natural!

Una carta de éstas, carta auténtica del

emigrante, y por añadidura en verso (muestra preciosa de lirismo) es la que damos a continuación con una breve y leal opinión nuestra sobre la poesía popular.

Hay grandes colecciones de cantos "populares"; populares porque fueron hechos por el pueblo sin preparación, e improvisados casi siempre; populares también porque de autor anónimo, hijos sin padre, los adoptó el pueblo.

Creemos que en la poesía popular, hija del pueblo sin preparación, hay pocas cosas buenas. Hay muchas, pero lo son, seguramente, de autores desconocidos, cultos y preparados, que tomaron, con plausible acierto, la hermosa y sencilla modalidad del pueblo.

Pero tenemos que explicar lo que entendemos por culto y preparado, pues para nosotros no lo es precisamente quien cursó una carrera ni quien obtuvo a más o menos tirones un título académico.

Es culto, para nosotros, quien cultivó su espíritu en silenciosa labor de sentimiento y pensamiento.

Unamuno dijo:

"ara en mí, como un manso buey la tierra, el dulce silencioso pensamiento".

Y ya en este punto, puede ser culto, para nosotros, un humilde pastor analfabeto...

Y preparado también, porque, si no se preparó en aulas y bibliotecas, ha podido prepararse, para ser poeta popular al menos, oyendo canciones y viejos romances que luego le servirían de modelo y guía para sus cantos...

Y así entendemos que hay buenas poesías populares que vienen de poetas populares; pero cultos y preparados, a su modo.

De uno de estos poetas vamos a ocuparnos; es un jornalero de la tierra; es de una región de España donde se "trova" mucho: el campo de Cartagena. Los trovadores de allí podrán ser como los "versolari" vascos y otros poetas populares de otras regiones. La inmediata calificación de trovadores les viene de su facilidad para "trovar" o para hacer "trovos".

"Trovo", o glosa, es una composición en octosílabos con un cuarteto y cuatro quintillas, siendo el último verso de cada quintilla uno de los versos del cuarteto.

Este jornalero poeta era un conocido nuestro, del cual no conservamos hoy ni el nombre. Y así habrá venido a ser muchas veces la poesía popular anónima. Este jornalero había emigrado sin la familia. Un día dijeron que le había escrito a su mujer una carta en verso. Solicitamos ver la carta



y nos gustó tanto que pedimos una copia. Eran unos "trovos". La forma simple, sencilla, popular, ya nos gustaba; pero lo que más nos encantó fué el sentimiento, la ternura, en términos tan reales y tan humanos. ¿Y las incorrecciones? ¡Oh, qué gracia y qué verdad!

Reproducimos la producción del poeta popular anónimo y cuidamos, como de una filigrana, de que salga con todas sus incorrecciones y detalles auténticos, para mayor realce de su valor y belleza.

CARTA A MARÍA

*María me acuerdo de ti
De Carlos y Ana María
Tamvién me acuerdo de Elisa
Y lo que aigas dado a luz*

Quando me pongo á sulsir
O me pongo á remendar
Lo que tengo que sufrir
En ti me pongo á pensar
María me acuerdo de ti

Cada ves que veo niños
Más si los siento llorar



Me acuerdo yo de los míos
Digo: Lo mismo estarán
Mi Carlos y Ana María

Vi una niña pequeña
por la calle pasear
Ruvia y era muy vonica
Y yo me puse a pensar
También me acuerdo de Elisa

Nunca te pensarás tú
Lo mucho que en ti é pensado
Si avrás tenido ora buena
Yo á Dios se lo e rogado
En lo que aigas dado á luz

*En pensar en ti no duermo
A las dos de la mañana
Me levantaba á escribirte
Mejor que estar en la cama*

Me se figura á mí mismo
Mentira lo que te digo
Porque aquí mui poco duermo
Tanto como aí e dormido
En pensar en ti no duermo

Levantarme de la cama
Yo en esa para escribir
Nunca lo e echo serrana
Pero aquí si me levanto

A las dos de la mañana

Yo estaba pensando en ti
Cuando me ponía á senar
Desía: Tengo que escribir
Y á de ser de madrugada
Me levantaba a escribir

De ti mucho me acordaba
También de nuestros claveles
Y soñava que lloraban
Tenía gusto de escribirte
Mejor que estar en la cama

Este gran poeta humilde, emigrado de su hogar, zurce y remienda su pobre ropa de jornalero y piensa enternecido en su mujer María.

María me acuerdo de ti

Y en sus hijitos: Carlos, Ana - María y Elisa

Y en lo que aigas dado á luz

Dejó en cinta a la esposa y piensa melancólicamente

*Si avrás tenido ora buena
Yo á Dios se lo e rogado*

Ve niños, y se acuerda de los suyos:

Más si los siento llorar

Se acordó de su Elisa viendo pasear por la calle una niña

Ruvia y era muy vonica

¿Y cuando se levanta a escribir porque no puede estar en la cama?

En pensar en ti no duermo

Luego agrega:

De ti mucho me acordava

También de nuestros claveles

Llama claveles a sus hijos.
¡Oh, delicado cantor del pueblo!

Y soñava que lloravan

Acendrado amor de padre tierno.

Tenía gusto de escribirte

Mejor que estar en la cama

¡Angustia de la ausencia y de la separación,
explosión de ternura y de tristeza!.

VICENTE MEDINA

V O Z D E E S P A Ñ A

*Cuando mi horica me llegue
quiero morirte en mi tierra:
¡verla al cerrarse mis ojos
y tener mi hogico en ella!*

QUÉ manera de sonar
las campanas de mi pueblo! . . .
¡las tocan allá en España
y en América las siento!

Son los ojos del cariño
anteojos de larga vista:
¡allá mi tierra tan lejos,
y yo la veo cerquica!

Al sol le he tomao cariño,
que, estando España tan lejos,
pasa, como el ordinario,
tós los días por mi pueblo.

Irse lejos, para verte;
para quererte, dejarte;
¡y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales!

Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos...
¡tierrecica, tierrecica,
es que al cantarte te lloro!

República Argentina, Año 1908.





CUÉNTAME, VIAJERO...

CUÉNTAME, viajero
que vienes de allá...

Cuéntame del valle, de los verdes prados
y de las montañas y de aquella aldea
de casitas blancas, entre el robledal...

¡Cuéntame, viajero
que vienes de allá!...

Cuéntame de aquella pobrecita anciana
de cabellos blancos, que triste mi ausencia
llora sin cesar...

Cuéntame de aquellos muchachos que fueron
conmigo a la escuela... Cuéntame de aquella
niña angelical

que al prado venía
conmigo a jugar...
¡Cuéntame, viajero
que vienes de allá!...

— Quieres que te cuente y a mí me da pena
porque cosas tristes tengo que contar. . .

— Aunque sea triste, cuéntame, viajero,
toda la verdad;

¡cuéntame y no tardes, que con un cabello
me pueden ahogar!

Dime de la aldea. . .

— La aldea y el valle se encuentran igual:
con sus picos de nieves eternas
las montañas azules están. . .

el prado verdea

y como bandada se ven, de palomas,
las casitas blancas en el robledal. . .

— Dime de los mozos. . .

— ¡Los mozos se fueron a la guerra un día
y no han vuelto ya!

— Dime de la dulce
niña angelical. . .

— A la dulce niña la vi tan hermosa,
la vi tan gallarda. . . ¡ya casada está!

— Dime de la anciana. . .

— La anciana tu ausencia dejó de llorar. . .

¡para siempre a la sombra de un sauce
descansando está! . . .

— Cállate, viajero, que me he puesto triste. . .
¡cállate, viajero, no me cuentes más!

Buenos Aires, Febrero de 1908.

¡AY, CALORCICO DE LA TIERRA!

.....
*¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra! ...
¡¡mi tierra del alma!! (Murria).*

TE dije al escribirte, a poco tiempo
de estar en estas tierras,
nena, que nos moríamos
de frío y de tristeza,
y por eso, si suele aquí como en España,
también haber invierno, tú me preguntas, nena.

Sí que hay invierno... y triste
como no te lo piensas
pa los que en este frío echan de menos
también el calorcico de su tierra!...

Dices que ahí los pobres
ca ves peor se encuentran:
eso me lo pensara
sin que me lo dijeras...

me basta, pa saberlo,
 con que los barcos vea
 llegar abarrotãos de emigrantes. . .
 ¡no hay más que ver los barcos cómo llegan!

Encomedio de tó los pobres hacen
 bien en salir en busca de otras tierras. . .
 El cruzarse de brazos, sin defender la vida
 de ellos y de sus hijos, peor mil veces fuera. . .
 y, en verdá, en este suelo, hasta la hora presente,
 el trabajo se premia. . .

Pero tó en su lugar: Si su piacico
 de pan el pobre encuentra,
 sus bocãos amargos
 tiene ese pan, que no es el de su tierra,
 y sus gotas de sangre. . . y sus días de lágrimas
 y de murria, le cuesta. . .

Sí que hay invierno aquí y, nena, triste
 como no te lo piensas:

Ahí los pobres-pobres
 tienen sus diversiones y sus fiestas. . .
 Aquella Navidad con sus aliños
 de naranjas y ramos en las lejas. . .
 con aquellos belenes de borreguicas blancas
 que el hogaril alegran. . .
 con las misas de gozo y la misa de gallo. . .
 los bailes de Inocentes de porfias y apuestas. . .
 las cuadrillas llevando su estandarte
 majo, de puerta en puerta
 a son de campanillas,

guitarras, y panderas . . .
y el chorro de alegría de las bandás de nenes
con sus ropicas nuevas
pidiendo el aguilando
con aquellas caricás pícaras y risueñas . . .

*

Sí que hay invierno aquí y, nena, triste
como no te lo piensas,
porque entonces es cuando
de estas cosas te acuerdas
y cuando echas de menos más que nunca
tu tierra . . . ¡el calorcico de tu tierra!

Rosario de Santa Fe.





LA VOZ DE LA TIERRA

*Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos...
¡tierrrecica, tierrrecica...
es que al cantarte, te lloro!*

AY, nena, si supieras!...
¡si supieras, nenica!...

Me dió la sangre un vuelco
y, al recordarlo, un vuelco me da entoavía...

Pensando en nuestra tierra ¡como siempre!
por una de estas calles yo ayer iba.
Es una calle a la que yo le tengo
más querer que a las otras, y se explica:
tiene sus dos hileras de plátanos lo mismo
que el caminico aquel que va a la ermita...
tienen jardín sus casas, hay parrales,
de los que se me va detrás la vista...
y hasta, de algunos huertos,

de las tapias asoman por encima
 higueras y granños y melocotoneros
 que páece que me gritan:
 ¡«Adiós, paisano, adiós, también nosotros
 semos de aquella tierra por la que tú suspiras»...
 Por eso este querer por esa calle
 y a más . . . porque se llama *calle España*, nénica!

Pues pasaba yo ayer por esta calle,
 conforme te decía,
 y me paré a mirar un limonero
 llenico de azadar, ¡cosa divina! . . .
 llenico de azadar que, como a gloria.
 a la huerta de Murcia trascendía,
 cuando, en esto, ¡Dios mío! ¡del mesmo huertecico
 que yo estaba mirando, salió tu vocecica! . . .
 tu vocecica, nena, que dulce y abonico
 y con dejico triste cantaba esta coplica:

*Cartagena me da pena
 y Murcia me da dolor . . .
 ¡Cartagena de mi vida! . . .
 ¡Murcia de mi corazón! . . .*

Era tu vos y el tono y el estilo
 de la huerta mesmica:
 era vos de los huertos y de las barraquicas . . .
 la vos de las moreras al arrancar la hōja . . .
 vos de los olivares al esmuñir la oliva . . .
 era vos de los campos . . . era vos de la siega . . .
 era vos de la trilla . . .

¡y era tu vos! . . . ¡la vos de nuestra tierra
que dista mí venía! . . .
Me abalancé a la verja
por ver aquella vos de ande salía,
y vide una zagala
igual que tú, nenica,
que, a la propia manera de la huerta,
esroñaba unas ropas y tendía . . .
¡Igualica que tú y, de seguro,
entre los emigrantes muy recién llegaica! . . .
Llevaba aun sus vestíos, su peinaico extraño,
pañuelo a la cintura con las puntas caídas . . .
y hasta aquel sol de haber ido por hoja
a las moreras tös las mañanicas,
¡aquel sol de la huerta,
pegaico en su cara aun lo tenía! . . .

¡Qué pena me dió verla tan lejicos
de su tierra querida! . . .
¡¡qué ventolera y cómo
a estas remotas tierras la traería!?

Y, como respondiendo
a estas ideas mías,
cantó y lloró otra copla,
porque, más que cantar, llorar parecía . . .
Cantó esta copla que cayó en mi äлма
como una lagrimica:

*Eres pobre y eres peña
que por los suelos te ves
y que vas ande te llevan
los que te dan con el pie.*



MURCIA LA DE LAS FLORES

TE vi, nena, hacer un ramo...
era en el Huerto del Conde...
¡Ya no te he vuelto a ver más
ni a Murcia la de las flores!...

Te vi también una tarde
con tu cántaro ir por agua...
y al verte me entró una sed
que con naïca se apaga...

Y a la ventana te vi
con un mozo platicando...
¡ni agua para mí tenías,
ni era para mí aquel ramo!...

*

¡Cuánto tiempo que ha pasado
desde entonces!...
¡Qué será de ti, zagala,
de aquel mozo y de las flores!...



¡Cómo has de pensarte tú
lo que yo de ti me acuerdo... ,
que me dejaste con sed
y que te sigo queriendo!...

*

Murcia de ferias y toros,
Murcia de las procesiones,
Murcia de los carnavales
y Murcia la de las flores...

Murcia la de las barracas
y Murcia la de la huerta...
a lo lejos, tus cipreses...
tus palmeras...

Murcia de huertos cuajados
de naranjos y rosales...
¡Tan lejícos, y el aroma
siento de tus azahäres!...

Murcia de las lentejuelas
y de las vistosas mantas...
Tan lejícos... , ¡y tan cerca
como te veo en mi älna!







LAS MALAS NO SON LAS TIERRAS

La maldá la tién los hombres...

SÉ que estarás con pena, tanto tiempo sin
¡sin saber de nosotros tanto tiempo! [carta,
y le echarás la culpa, de seguro,
como siempre, al correo...

No se perdió la carta,
pues tampoco fué escrita: no hemos hecho
otra cosa estos meses
que trabajar, zagala, como negros
y estar en un contino "sin vivir", por la falta
de gusto y de sosiego...

Pa llevarlas a medias, lo mesmo que ahí se estila,
unas tierras nos dieron,
y allá nos fuimos tuicos con el ansia
de volver a la vida de otro tiempo:
de volver al trabajo de los campos...
de volver a *lo nuestro*...

la libertá y el aire y las anchuras . . .
 ilusión y alegría en el esfuerzo . . .
 vivir sanos y fuertes
 de lo que cría Dios y te da el suelo . . .
 ver que el sudor aquel con que regaron
 la tierra nuestros cuerpos
 se hace verdor y flores y fruto que nosotros
 por nuestras propias manos recogemos . . .
 ¡lenjos de las ciudäes y mitines y huelgas! . . .
 ¡de maldecir y pelear, muy lenjos! . . .
 Tener fe y esperanza: ver que, ayudando tu obra,
 llueve, y riega también la tierra el cielo

*

Pero ¡ay! que, por desgracia, esta vez pa nosotros
 tó salió lo contrario de tales pensamientos.

Al entrar en las tierras,
 hubo de prometer esto y aquello
 por parte de los amos, y propósitos
 según aparentaban, tantos y buenos,
 que nos aconfiámos
 y sin un mal papel con que pudiéramos
 dar a nuestra pobreza algún apoyo,
 en caso, y defendernos,
 los tratos, puramente de palabra,
 dimos por hechos.

Tál confiänza, trajo tó lo que nos venían
 algunos advirtiéndolo:
 que en cuanto ya las tierras, en las que el alma
 como un vergel se vieron, [echamos.

pa cultivarlas solos de su cuenta,
 los amos se apropiaron de ellas, de nuevo...
 Como siempre, los amos hacían su negocio
 y ya no *precisaban* los *medieros*...

*

No eran malas las tierras,
 que eran como una bendición del Cielo:
 mil y un millón te daban por cá grano,
 que no te daban ciento;
 ¡abrojos que sembraras,
 y te salían flores de aquel suelo!...
 No eran malas las tierras. ¡La maldá está en los
 [hombres,
 que son ahí y aquí, nena, lo mesmo!

Nos vimos como pués imaginarte:
 sin saber pa ande echar, como al comienzo,
 sin recursos, sin ande cobijarnos,
 desesperaos, dispuestos
 al mayor desatino:
 a ir a las tierras y pegarles fuego...
 a buscar a los amos,
 y otro tanto también hacer con ellos...
 ¡Desesperaos, nenica,
 y al borde del abismo pa perdernos!...
 Pero ya sabes tú que esto es un pronto
 y que en el inten sólo podríamos hacerlo...
 Aquella mesma tierra era tan generosa
 que atajaba los ruines pensamientos...

jera, a más, un piacico de la Huerta, en la Pampa,
que allí quedaba ya como hijo nuestro!

*

De allí tomamos norte pa venir a estas otras
tierras que da el Gobierno
de balde, a condición de cultivarlas,
sin otros amos que nosotros mismos...

Sin nadie que nos mande,
sin amos y sin rentos.
y el Paraíso terrenal, zagala,
porque el sitio ande estamos no lo es menos.

Estamos a la orilla de un río que es, nenica,
como el mar: los vapores por él pasar los vemos.

Vivimos entre bosques
de árboles corpulentos
ande el sol penetrar no puede, a veces,
por el ramaje espeso...

En la espesura anidan, a millares,
pájaros que dirías pájaros de los cuentos,
de plumajes de tuicos los colores
y de cantos diversos...

¡verías mariposas tan grandes como pájaros,
y como mariposas, pájaros, de pequeños!...

Verías un asombro de flores nunca vistas
y de frutas extrañas, un portento...
La abeja su colmena hace en el árbol
y miel chorrea de los troncos viejos...
tienes pesca en el río cuanta quieras
y caza en los esteros...

viven sin recogerse los ganãos,
 libres y sueltos,
 y los ves aumentar como si fuera
 cosa de encantamiento . . .

Y luego, para colmo de tó, la tierra virgen:
 esta gloria de tierra que en su seno
 páece que guarda un mundo de tesoros
 y que está deseando el ofrecerlo.

.*

Ya ves qué suerte, nena,
 ¡el paraíso mesmo!
 pero . . . ¡qué cosa, nena,
 en este mundo no tendrá su "pero"?

Aquí vivimos en la más completa soledá y des-
 [amparo:
 los poblaos, a distancia de leguas los tenemos.
 Aquí no hay amos, nena, pero hay hombres:
 hay indios y hay alzãos, que son aventureros,
 y roban unos y otros asesinan
 y arrasan ande caen como un incendio.

Asina ties que estando, nena, en un paraíso.
 nunca nos llega la camisa al cuerpo;
 que pasamos la noche
 sin saber lo que es sueño:
 las armas al alcance de la mano
 y la asechanza y la traición temiendo.

*

Las tierras no son malas:
no hay ná tan generoso ni tan bueno;
ésta como ésa, (en ande tú suspiras
porque nos tienes lenjos,)
páece un piazo arrancão
de los mesmicos cielos...
¡pero en ellas hay hombres,
que son iguales en el mundo entero!



“un piacico de la Huerta, en la Pampa...”



CANTARES

Y O escuché las maldiciones
y vi los ojos con lágrimas...
¡de los descorazonados
que partían de la patria!

Hacinados en los buques
vi los descorazonados...
¡yo vi la trata de negros!...
¡yo vi la trata de blancos!...





ALÁBEGA FINA

*Irse lejos, para verte;
para quererte, dejarte...
¡y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales!*

MUSTIO, y ya desmayoso
su olorcico, en tu carta
llegó, nena, a mis manos
el tallico de alábegas...

Mustio, y ya desmayoso su olorcico,
páece que triste me habla
y que quisiá decirme
tantas cosas y tantas
como me dices tú, nena, llenándome
con letra pequeña cuatro caras.

Miá si me dice cosas
el tallico de alábegas:
Sembraïco en un tiesto lo tenías
debajo del jarrero, ande una jarra,
más limpia que la nieve,
gota a gota encímica tresmanaba...

Haciendo relucir sus hojas frescas,
 cuando abrías la puerta de la casa,
 iba a darle derecho, como pa acariciarlo,
 un rayico de sol por las mañanas. . .
 Alegre de la cieca tú volvías
 con tu cántaro de agua,
 fregando el cantarero hasta dejarlo
 que podía mirarse en él la cara. . .
 Luego, cantando igual que un pajarico,
 la casa y el rellano rogiäbas
 y a coser te ponías, sentándote a la puerta
 en ande ya estendía su sombrica la parra. . .

Tu padre, entanimientras,
 en la orillica del brazal segaba
 yerba pa las borregas que, llamándolo,
 desde el corral balaban y balaban. . .

También después solías levantarte
 a beber en la jarra. . .
 a la ves, al tallico
 la mano, cariñosa, le pasabas,
 ¡y el tallo, agradeció a tu querer, la mano
 llena de su olorcico te dejaba! . . .

¡Y quién se lo diría, como a mí en otro tiempo!
 ¡Igual que yo, cerquica de tí y alegre estaba
 y ahöra (igual que yo, de triste y de lenjicos,)
 me cuenta estas cosicas el tallico de alábegas.

Pué que tú te imagines,
 nena, que en estas tierras tan lejanas
 ni siembrán ni conocen,
 tan siquiá, las alábegas...
 Pues las hay que las crían a bancales, nenica,
 pero son de las bastas:
 no es alábega fina de aquella que a la Virgen
 le ponen en las andas,
 ni de aquella florida que a sus novias
 los mozos les regalan,
 ¡ni de aquella, tampoco, del olorcico dulce,
 del olorcico triste, que viene en una carta!...
 Estas de aquí, nenica, son alábegas grandes,
 son alábegas bastas
 que la gente las cría
 ¡nenica! pa venderlas y guisarlas!

Aquí hay de tó, nenica; pero quiero que sepas
 que la alábega fina que me mandas
 ni se encuentra en América
 ¡ni con tós sus tesoros se pagara!





LA VIEJA

*Que eres hija de tu madre
no puedes negar, América:
si tu padre fué Colón,
España ha sido tu vieja.*

YA ves, nena, qué cosas
y lo que es el cariño por la tierra:
Ya sabes tú muy bien que yo no apruebo
y que me causa pena
que los hombres se maten
y haya, por esto o por aquello, guerras;
que, por ganar un piazó de suelo más, se lleven
a los mozos y dejen abandonás las tierras,
que eran amor y paz y eran sustento
y alegría y riqueza . . .
que no miren los hombres
que mandan y gobiernan,
que no es ése el camino
de que ricos los pueblos y felices se vean;
que no miren las lágrimas
y el reguero de sangre que detrasico dejan . . .

Pues, con tuico y con ello, ya ves, nena, qué cosas
y lo que es el cariño por la tierra,
cuando está tan lejicos
y suspiras por ella:

Yo estaba en Buenos Aires cuando llegó la Infanta
y llegó el «Carlos V» y otros buques de guerra,
y al sentir los cañones
y al mirar las banderas,

me estremecí como la vez que al pueblo
de soldao volví con mi licencia
y sentí aquellos gritos de mi madre:
«¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas! . . .»
que venía a abrazarme en lágrimas deshecha . . .

Y fui corriendo al puerto y subí al «Carlos V»
y cuando puse el pie sobre cubierta,
me paeció que me hallaba
pisando nuestra tierra,
¡tierra de España hermosa!

¡tierra de mis encantos y de mi vida entera! . . .
Era aquél nuestro pueblo, nuestro mesmico pueblo
y nuestra gente mesma;

eran nuestros cantares los de los marineros
y aquel son de guitarras, de las guitarras nuestras . . .

Eran los uniformes
y las franjas aquellas,
mi ropa de soldao . . .

¡la ropica que un día llevé puesta! . . .

Era aquél nuestro pueblo, nuestra gente . . .
sus dichos y sus chanzas, sus maneras . . .



Centinela de Infantería de Marina en el portalón de un buque de guerra. A estas fuerzas de la Armada perteneció el poeta, de soldado y de cabo.

Ya sentían las ansias de volver a sus costas
 y acababan entonces de dejarlas, apenas...
 Me hablaban de la vida tranquila y sin afanes...
 me hablaban de sus fiestas
 y de sus amoríos...
 Sus novias que quedaban aguardando su vuelta...
 Era aquél nuestro pueblo, nuestra gente...
 ¡y aquel buque era un piazó de nuestra hermosa
 [tierra!

Y cuando abordo oí, del «Carlos V»
 el son de los tambores y trompetas,
 me paeció que tenían un dejo cariñoso
 que nunca les oyera
 y entre mi gente me sentí soldado
 vuelto a filas tras una larga ausencia:
 ¡me cuadré como en tiempos y, empañaos de lá-
 [grimas,
 se clavarón mis ojos, nena, en la bandera!

Ya ves, nena, qué cosas
 y lo que es el cariño por la tierra:
 pero tuico se explica y yo me explico
 lo que me pasa a mí, de esta manera:
 Es de armonía y júbilo entre hermanos
 este tronar de cañonazos, nena;
 no es de rüina y muerte: es de progreso y vida
 el son de los tambores y trompetas;
 no son retos tampoco lo que traen
 estos buques que llegan:
 mensajes son de fraternal cariño...
 Son barcos de la paz, no son barcos de guerra..

Y la Infanta no viene como Virrey adusto portador de escarmientos, y de horcas y cadenas... viene como embajada de amor, como una infanta generosa de cuentos y leyendas...

*

Por eso me estremezco como la vez que al pueblo de soldao volví con mi licencia:

me acuerdo de mi madre gritándome: «¡Hijo mío!»
y en lágrimas deshecha...

¡España, nuestra España, también como una
[madre
con los brazos abiertos, hoy se me representa!



EL ZAGAL DE LOS PAPELES

EN diciendo que esto es mundo
y que con hombres tratamos,
esto y lo demás se entiende
que es igualico pal caso.

Aquí, con tanta riqueza
y con tuíco el adelanto,
se ven también zagalicos
huérfanos y abandonaos...

Como yo vendí papeles
por las calles, de muchacho,
vengo a la ciudá y en estos
que aquí los venden reparo:

Aquí como en tuicas partes
el que vende los diarios
es el zagal volandero
que vive como los pájaros...

Es el que mora en las calles,
el que arreció y escalzo
se acurruca en los portales,
ande se duerme temblando...

Se cobijó en una entrá
y a media noche lo echaron
a patás, teniendo que ir
a dormir al escarchazo...

Hecho un ovillico estaba
en la baldosa tirao
y de allí lo han recogio
poco menos que espirando...

Es el zagal probetico
que pasa la noche al raso
y que también muchos días
de comer los pasa en claro...

¡Ese sin pan y sin nío
que lo sueles ver helao
encomedio de las calles
lo mesmico que los pájaros!...





LA GUERRA

*Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten . . .
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!*

CON un retraso de bastantes meses
llegó, nena, tu carta,
que nos vino siguiendo
en peregrinación, anda que te anda,
como si es que el cariño que trae le diera fuerzas
pa que hasta el fin del mundo nos buscara . . .
¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta! . . .

Algo habíamos sentío de guerra, pero nunca
a lo que tú nos cuentas nuestro pensar llegara.
Cuando yo fuí soldao y juré la bandera,
en un discurso largo (palabras y palabras)
en que tó se volvía
que el honor, que la patria . . .
y en que ná se entendía,
ni iba ná dista el alma,

ni una ves nos mentaron a nuestras pobres madres
que en la aldea lloraban,
ni a nuestras novias tristes,



ni, menos, la ruina
cierta de nuestras casas. . .
Y al hacer que besáramos, casi a la pura fuerza,
aquella cruz que forman la bandera y la espada,



me paició que a las madres (la tierra verdaëra
 y las que nos llevaron dentro de las entrañas)
 me paició que a las madres
 el querer de sus hijos les robaban
 pa otra madre postiza y en un beso forzao...
 pa otra madre postiza... ¡la madrastra!

¡Pero qué triste viene,
 nena, tu carta!...

Veo que se llevaron

a muchos reservistas que casaos estaban:
 sus mujeres, tavía jovencicas,
 tristes y con los ojos arrasaos de lágrimas,
 con sus nenes pequeños en los brazos,
 atolondrás y asustaícas andan...

¡Ande irán, jovencicas, sin pareja ni amparo?

¡Y a sus criaturicas, qué suerte les aguarda?

Veo también que se han lleváo al nieto
 del tío Juan el Patriarca...
 dos hijos le mataron
 y ahora el nieto faltaba...

¡Entre Melilla y Cuba y ahora otra vez Melilla,
 darán fin de esa raza!...

Y a tó esto, huyendo muchos
 de la guerra, se escapan
 sin saber ande van, por esos mundos
 y por tierras lejanas,

dejando sus familias
desamparás y en la mayor desgracia . . .
Y tuícos: las mujeres, los nenes y los hombres,
sin rumbo ni esperanza . . .
desparramaos... perdíos... como granos de arena
que extendió en su locura la borrasca! . . .

A más, a falta e brazos, abandonaos los campos...
cundiendo la miseria como la yerba mala . . .
y los pueblos, de solos y de tristes,
que como camposantos se trocaran . . .
En tó desolación, ruína y muerte,
que el ánimo se espanta,
¡como si allí; de ande salió la sangre
generosa y lozana,
fuera ande sin cuartel s'hizo la guerra
y en ande se libraron las batallas! . . .

Y la razón, nenica,
de esa guerra inhumana,
la razón que, de público,
se dice y se propala,
es que unos señorones (esos amos de tuico
que hasta en la vida de los pobres mandan)
esos amos . . . pues tienen minas y capitales
que defender en África . . .
Y pa esto y otras cosas son aquellos discursos
(palabras y palabras . . .)

Y, pa eso, de tu tierra y de los brazos
de tu madre te arrancan
y a pelear te llevan . . .
dicen, nena, por la madre patria . . .
¡Pobre patria! . . . ¡a qué cosas
sirve el sagrão nombre de pantalla! . . .
Ni por patria peleas, ni por madre,
¡que vas a pelear por la mádrastra! . . .

.....

¡Qué triste que venía,
nena, tu carta!





TIERRA DE PROMISION

TU carta con la historia de siempre da principio
y con la misma historia, de siempre, acaba,
[nena . . .

Que las contribuciones y los réditos,
que el rento y que los amos, que el gobierno y
[la guerra . . .

que no viven na más que cuatro lobos
que en el probe se ceban . . .
que huye cá ves más gente, renegando
del suelo en que naciera . . .

Yo voy, pa tu consuelo, a contarte otra historia
que es tuíco lo contrario de la que tú me cuentas:
la tuya, es de una vida que se acaba:
la mía, es de una vida que comienza.

De tuícas razas y de tuíco el mundo
vienen, zagala, gentes a poblar estas selvas,
y vive muy cerquica de nosotros,

lindando con las suyas nuestras tierras,
una familia grande, tan grande que, lo menos,
son entre tós cuarenta,
y que el contar un poco de su vida
bien merece la pena:

La madre, viejecica,
pues raya en los setenta,
aun con bríos y genio
a tuicos los gobierna:
Son ocho hijos y a cuatro
ya el pelo les blanquea . . .
son veintitantos nietos,
y son ocho las nueras . . .
hay nietos que son hombres
y ya casada tiene alguna nieta
que poblará estos bosques solitarios
haciendo a su abuelica bisabuela.

Pues esta gran familia
que, por la causa eterna
de casi tós los males,
que es la pobreza,
se vió desparramá por esos mundos
yendo de Ceca en Meca,
ha logrão venir a rejuntarse
en medio de estas selvas:
hijos y nietos, tuicos
alreor de la vieja,
como pollos que acuden al clocar de la madre
sin que le falte ni uno tan siquiera . . .

No podían vivir ande nacieron
y como en tierra extraña andaban en su tierra...

La madre, como madre,
los quería tós juntos, los quería tós cerca
y, cuanto más quería,
ellos más desgraciãos, ellos más lenjos de ella...
por su lão cá uno
sin rumbo, ni esperanza de redención, siquiera...

A más, persecuciones
por si tenían estas o las otras ideas,
por si a este Dios o al otro le rezaban
y eran tales o cuales sus creencias...
Se ponen a contar y es un calvario
de angustias y dolores y vergüenzas...
Se ponen a contar, y nunca acaban,
de trabajos y penas...

Y así, dista que, ya desesperãos,
salieron unos y otros de su tierra...
Uno emigró primero solo, sin que noticias
suyas en mucho tiempo se tuvieran...
Luego, a sus años, y con otros hijos
y con sus nietecicos, pasó la mar la abuela...
Los demás, detrasico a poco se vinieron,
dista que al fin andaban tuícos por estas tierras,
pero desperdigãos
y lenjos unos de otros leguas y leguas...
Extraviãos a modo de rebaño
que esparció la tormenta,
se llamaban de lenjos, como suelen llamarse
con su balío triste las ovejas...

Hace años que la pobre viejecica
 asina, tuícos juntos, no los viera...
 asina tuícos juntos
 y lenjos de trabajos y miserias...
 Dista los bosques páece que, al sentirlos,
 en su silencio y soledá se alegran...
 ¡estos bosques que tienen el corazón tan grande,
 que ni a bueno ni a malo su refugio le niegan!...

Alreor de su madre,
 que con gozo de gloria los contempla,
 hay que ver a estos hombres
 cuando sus aventuras y sus dolores cuentan:
 hablan de aquellos días en que tuvo cá uno
 que girar por su lão como bandá deshecha...
 Y, luego, con los ojos mojãos, en el suelo
 fijos se quëan
 y en son de rezo dicen: «¡Oh, bendito
 el rincón de la selva
 que amparó la bandada, que la dejó juntarse,
 que hacer los nidos deja!...
 ¡Oh, bendita, bendita
 mil veces seas,
 tierra fecunda, tierra generosa,
 tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Madre
 [tierra!...»

*

Me queda que contarte
 algo que páece, nena,
 cosa de religión; pudiá decirse

que es así como aquella
Bendición de los Campos
que se estila en la huerta.

Como llegó, por fin, de tós los hijos
el mayor que faltaba con su familia entera,
estas gentes hicieron el domingo pasão
por la mañana, a modo de una fiesta
pa celebrar la unión de la familia
y consagrar la tierra...
pa señalar el triunfo
de su fe y su pacencia,
encontrándose, al cabo, tós juntos y en camino
ya de una vida redentora y nueva...

Y en procesión salieron, pasando entre los árboles
como por una iglesia...

La madre viejecica iba delante;
tuicos los nietos alreorico de ella...

Quito el ir por su pie, la viejecica
de aquella procesión la imagen era...

Iban detrás los hijos, el sombrero en la mano,
y las mujeres iban con manto a la cabeza...

Cantaban unos cánticos como en acción de gracias
y paecían esclavos que rompen sus cadenas...

Cantaban unos cánticos en los que, a tó, sonaba:
«Tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Ma-
[dre tierra!...»

Los pájaros del bosque cantaban y hasta páece
que a revuelos seguían la procesión aquella
y paecía su canto repetir con los cánticos

«Tierra de promisión . . . ¡Oh, tierra! . . . ¡Ma-
[dre tierra! . . .]»

Asina, por los bosques,
fueron a sus cultivos que se encuentran
hermosos y lozanos
como si el propio Cielo su bendición les diera
y allí, tuicos de ruillas,
igual que si Dios mesmo se alzara en su presencia,
de nuevo, fervorosos, sus cánticos entonan:
«Tierra de promisión . . . ¡Oh, tierra! . . . ¡Ma-
[dre tierra! . . .]»

Y tomando en las manos de la tierra del suelo,
como una cosa santa y sagrá la contemplan . . .
al viento la esparraman . . .
al Cielo la levantan y la ofrendan . . .
¡luego doblan sus frentes tós dista el mesmo suelo
y, en muda y larga adoración, lo besan! . . .

*

Ya ves, nenica, cómo aqui se pueblan bosques,
mientras ahí los pueblos se despueblan . . .
Como tú ves, nenica, esa vida se acaba
y esta vida comienza.



LAS GOLONDRINAS

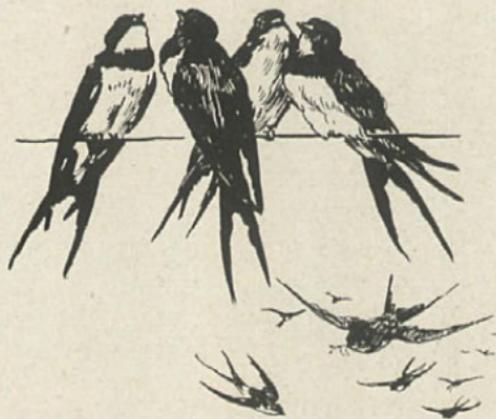
YA pa tres años va... ¡Cómo se pasa el
 Tres años, yavía [tiempo!...
 allí en el muelle aquel, me páece verte
 con los dos viejecicos... No se olvidan
 algunas cosas nunca,
 y yo tóa mi vida
 veré aquel pañuelico blanco decir «adiós»...
 ¡veré tus ojos arrasãos de lágrimas, nenica!...



¡Cómo se pasa el tiempo!... Si vieras a los nenes,

puro aroma respiras;
 se esgajan, de frondosas, las higueras,
 trepan las parras peñascal arriba . . .
 beben en los remansos las palomas,
 verdean los cañares en la orilla . . .
 y en los claros espejos
 del agua cristalina
 azucenas y rosas
 como encantás se miran . . .

Su bendición decimos que echó Dios sobre tuíco
 por lo hermoso y lozano que se cría;
 hasta nosotros mismos,
 en buena hora se diga,
 gozamos como nunca
 de paz y de salud y de alegría,
 y pué que sea cierto



como dicen, nenica,
 que no están condenaos en la casa



ande van a anidar las golondrinas:
igual que a la barraca bajo el alero viejo
 tuícos los años iban,
 viénen aquí píando
 y páecen las mesmicas
 que hablaran dulcemente
 de aquella barraquica . . .
 Bajan el vuelo y rozan
 las aguas cristalinas . . .
 traen en su pico el barro
 y pían y más pían . . .

Con su píar despiertan la tristeza
 que en el alma dormía
 y hablamos de vosotros,
 de aquella barraquica
 en ande tú cantabas
 y en ande tú suspiras . . .
 de lo que está tan lejos . . .
 ¡de lo que no se olvida! . . .
 Tú con los viejecicos

allá en el muelle aquél . . . Tõa mi vida
veré aquel pañuelico blanco decir «adiós» . . .
¡veré tus ojos arrasãos de lágrimas, nenica! . . .





AYÚDATE Y TE AYUDARÉ

A Manuel y a Pepa
no se les pegan las sábanas nunca...
tienen buenos campos
y en la casa de ellos sopla la fortuna...
pero trabajada como está la tierra,
esa tierra suya
que trabajan ellos,
no hay tierra ninguna...
Dicen que al que madruga,
Dios le ayuda...

¿Qué hombre es ese que canta y trabaja
aun de noche a la luz de la luna?
¿Qué mujer es esa
tan sana y robusta
que lo mismo gobierna su casa
que guía la yunta?
Son Manuel y Pepa
a quienes sonrío siempre la fortuna
porque madrugan...
Y al que madruga,
Dios le ayuda.



LA YARARÁ ⁽¹⁾

*¿Ande se encontraba? ¿En ande
la mala suerte estará?
¡Ay, nena, la yarará!*

ERA ya mucho tiempo sin ningún sobresalto,
mucho que nos dejaba la mala suerte en pas:
la tierra un paraíso, las cosechas la gloria,
los animales gordos sin tropiezo ni mal,
gusto y salú en la casa, desahogo, armonía...
¡ya no hay más en el mundo ni se pué pedir
[más!...

Temblábamos a veces... ¡el corazón nos daba
que traería algo malo tanta felicidad!

Era mucha alegría... Aquella tarde
se reía la nena por demás...
sin fuste ni motivo,
se ponía encaná...

(1) O yárará (voz del guaraní) o víbora de la Cruz. "Yárará" significa "Ira de Dios".

«Cállate — le decía su madre — que algo malo páece que va a pasar».

Por la mañana el nene, galopando a caballo,
vino del pajonal;
daba gloria de verlo: tan creció, tan hombre . . .
sano y guapo y aquella soltura pa montar.
«Padre—me dijo, haciendo rebotar el caballo—
hay dos vacas parías de esta noche pasá,
y ahõra sí que las espuelas grandes
y el cinturón de plata me tiene que mercar!»

Después de medio día descansábamos . . .
aplanaba el bochorno . . . Yo estaba viendo allá,
en el bajo del río, sestear el ganão
enmedio del espeso carrizal . . .

El nene en su caballo vigilaba
puesto a la fresca sombra de un chañar,
y era un encanto verlo derecho y arrogante
tan guapo y tan formal . . .

Derecho en su caballo soportaba el bochorno,
y en la calma que hacía no se sentía más,
de ves en cuando, que el silbío suyo
¡como la vos del rey del pajonal!

Mirando a mi hijo asina, yo comencé a clisarme
con no sé qué ilusiones . . . ¡nena, qué despertar!
De prõnto un alarío que nos llenó de espanto
vino del totoral
y en el caballo encabritao al nene
más blanco que la cera, vimos llegar.

Su madre y sus hermanas angustiás, a su encuentro,
salieron desalás:

— ¿Qué te ha pasao, nene? — ¿Qué tienes,
[hijo mío?

— No asustarse, no es ná —

dijo, pero con cara de muerto, ya cayéndose.

— Di qué es, por Dios, zagal.

— Di que es! — ¡Que me ha mordío,
padre, la yará! —

¡La yará, nenica!, ¡la víbora más mala,
de veneno mortal!

*

¿Ande se encontraba? ¿En ande
la mala suerte estará?

Nuestro dolor y nuestra angustia, nena,
ya te figurarás:

La población más cerca, ande pedir auxilio,
a seis leguas está,

y sin otro camino que por el mismo río
aguas arriba, a fuerza de remar.

¡Dios mío! ¿qué remedio que atajara el veneno
y que cortara el mal?

¡Qué alaríos su madre! . . . ¡Qué azoramiento
[en tuicos,

sin saber lo que hacer ni pa ande echar!

Y el nene, con sudores de muerte: — Pero madre,
no se asuste usted así, que esto no es na.

La herida era en la pierna. En la laguna,
pa echar fuera un novillo, tuvo que entrar

y le mordió la víbora, por lo visto, al pisarla cuando cruzó el espeso totoral.

Sintió el dolor, dió un grito, miró y la vió es-
¡era la yarará! [lizarse:

Un hombre de estas tierras aconsejó sajarle la carne de la herida y cortarle y quemar.

Temblábamos de hacerle semejante herejía,
pero era mucho más,
en nuestros brazos sin remedio alguno,
verlo espirar.

Y yo, cual si en mi propio corazón me lo hiciera, saje y corté su carne. . . No sufriré jamás dolor mayor, nenica. Después un yerro hecho [ascua

lo pasé por la herida sintiéndola chirriar. . .

¡Qué agonía su madre y sus hermanas!

¡Qué tormento y qué gritos el zagal!

Se cortó la malicia del veneno;

pero en cambio la sangre no se pudo atajar y con pavor lo vimos desfallecer quedando como luz sin aceite que se va.

.....
¡Una carnicería, con él, fué lo que hicimos!

No había más remedio que llevarlo a un lugar ande encontrar un médico,
aunque pensando ya:

«¡Qué noche!, ¡qué camino del Calvario!

¡Dios sabe qué final!»

Nos fuimos por el río tuicos en una lancha
 aguas arriba a fuerza de remar...
 Ya era muy tarde y gracias que la luna parecía
 apiadarse de tanto dolor y soledá...
 ¡Qué procesión!, ¡qué noche!, ¡ni Viernes San-
 [to, nena.
 de martirio... de llanto... de rezar!...

Iba la lancha llena
 que no podía más:
 el nene, sin alientos, con su madre
 la cabeza en el alda recostá;
 pa ir dándole alimentos, un anafre
 hubo que echar;
 atendiendo la lumbre las dos nenas;
 y sin tomar aliento, pa no volver atrás,
 un hombre y yo a los remos,
 hala que hala cortando el corrental,
 con aquel atosigo y con aquella angustia,
 ¡paeciéndonos que nunca íbamos a llegar!

Y el nene en un quejío, que era como un barreno...
 de sentirlo, llevábamos el alma traspasá...
 Su madre lo mesmico que las locas,
 con las manos alzás,
 y los ojos clavãos en el cielo
 clamando a Dios piedá:
 se desangraba su hijo; lo palpaba y sentía
 las vendas y las ropas empapás:
 el agua que la lancha recalaba
 se tiñó de encarná

y la vimos, al alba,
 cuando hubo que achicar:
 ¡un reguero de sangre
 llevaba el corrental! . . .
 ¡un reguero de sangre, de alaríos y lágrimas
 dejábamos atrás!

.....

¡Ay, nena de mi äлма, qué noche! . . . Su re-
 [cuerdo,
 de agonía y de espanto, nunca se borrará.
 Al nene, de milagro
 lo pudimos salvar:
 ¿pero ande están sus bríos? ¿en ande su arro-
 ¡Ay el Rey del pajonal! [gancia?

*¿Ande se encontraba? ¿En ande
 la mala suerte estará?
 ¡Ay, nena, la yarará!*



EN EL DESIERTO

*Trabaja el campo, siembra la tierra,
deja a los hombres...
Siembra en la tierra el grano,
¡siembra ilusiones!*

ERAN tristes arenales
solitarios y resecos,
y un encanto mi cariño,
con la ayuda de los brazos, hizo de ellos...

Como la madre amantísima
que da sangre de su seno,
dió la tierra
sus veneros...
y los tristes arenales
alegría se volvieron:
dieron pan y dieron rosas
y a sus árboles los pájaros vinieron
y de nidos los poblaron
¡y su canto levantaron a los cielos!...

¡En los hombres! . . . el trabajo y el cariño
 pocos surcos han abierto . . .
 ¡sangre dieras
 de tu pecho! . . .
 ¡qué ablandarles su dureza! . . .
 ¡qué llegarles ni al pensar ni al sentimiento! . . .

¡De qué sirven de la vida
 los veneros?

Áridos siguen los hombres
 y resecos . . .

¡ni esperanza de ablandarlos! ¡un páramo so-
 [litario
 de tristeza y desamparo cruzo entre ellos! . . .
 Dan pena, dan agonía, dan angustia . . .
 te dan frío, te dan miedo . . .

Crían fieras, crían odios . . . ¡Oh Sahara de los
 de sed muero! . . . [hombres . . .

¡Los hombres y las ciudades! . . . ¡qué desco-
 [razonadores
 arenales pavorosos del desierto!



EL CARRO TRIUNFANTE

ERA el Corpus, era
cuando hay azahäres,
cuando están de rosas
llenos los rosales,
cuando el cielo es puro,
cuando nidos hay,
cuando se oye el canto de los ruiseñores,
cuando lleva perfumes el aire . . .

Era en nuestro pueblo
la fiesta más grande:
la plaza, los puestos de turrón y dulces,
las horchaterías
con aquellos vistosos sombrajes . . .
La noche: los fuegos . . . tocaba la música,
tocaba la banda con sus nuevos trajes . . .
las mozas tan majas, los mozos alegres . . .
había en las casas reuniones y bailes . . .



Los fuegos . . . el toro que corría soltando co-
 [hetes
 y hacía las gentes caer y espantarse . . .
 ¡qué algazara aquella!
 ¡qué gritos! ¡qué vivas y qué disparates! . . .

Pero sobre todo me acuerdo de aquella
 procesión al caer de la tarde:
 con el junco verde
 tejidas las calles,
 de los sacerdotes
 las capas pluviales,
 y con la custodia — llevado por niñas
 vestidas de blanco — el carro triunfante.

Te diré el motivo que este dulce y puro
 místico recuerdo al alma me trae:
 Es día de fiesta, es azul el cielo,
 hay flores, hay pájaros, lleva dulces aromas el
 y entre los verdores de los paraísos [aire
 un carro ha pasado por la umbrosa calle.

Es un carro alegre:
 lleva una familia y lo guía el padre;
 resalta la nota
 de los domingueros y vistosos trajes;
 los muchachos gritan,
 diablos y procaces;
 las nenás se ríen y dan palmotadas;

y, en medio del grupo sentada, la madre
da el pecho a un pequeño, del seno mostrando
la blanquísima espléndida carne...

Un santo patriarca
me imagino al padre;
y en medio de todos, igual que en un trono,
me parece, dando de mamar, la madre,
la Virgen y el Niño
con su coro de ángeles...

La visión he tenido de aquella
procesión del Corpus al caer la tarde,
y ese carro lleno de amor y de vida
¡glorioso ha pasado ante mí como el carro
[triunfante!





FLORECICA DE ALMENDRO

*Floreçica de almendro
mäs blanca que la nieve . . .
¡trempanerica caes
al airecico heläo de la muerte! . . .*

*Al airecico heläo,
como las flores,
se van en esta vida
las ilusiones . . .*

ME preguntas si tengo ya novio . . . Más
que tal nunca pensara . . . [valiera
Con la dichosa guerra, cariño en ande pones
con ilusión tus ojos, a morir te lo mandan . . .

De los mozos que fueron a la guerra,
hay noticias y cartas:
miserias y trabajos y peligros . . .
De tuicos, menos uno, ya se sabe en sus casas.



De quien no saben es de aquel muchacho
de Beniaján que estuvo una noche en la casa
y le hicieron cantar . . . Pué que te acuerdes
de lo modoso que era . . . de lo bien que cantaba . . .

*

Hoy volvemos de misa . . .
Como día de Pascua,
se sentía bullicio
y alegría en la plaza . . .
y ande habían tenío noticias de los pobres
soldaos, se podía leerlas en las caras . . .

Pero al pasar por frente de ande viven los padres
de aquel muchacho que una noche estuvo en la
no había naide en la puerta [casa,
y dentro se sentía que lloraban . . .

*

¡Tener novio! . . . ¡ilusiones! . . .
más valiera que nunca tal pensara . . .
¡que, a más de probeticos soldaos, van cayendo
las ilusiones muertas por las balas!





DULCE ES EL AGUA
QUE CORRE . . .

*Es, hasta lejicos, tuyo
de tál modo mi querer,
que mujer que te dé un aire
la quiero, rena, también.*

DULCE es el agua que corre,
verde la orillica está . . .
un no sé qué del Segura
tiene el río Tunuyán.

Yo me he sentado a la orilla
a ver el agua pasar . . .
un pájaro de la Pampa
cantaba en un totoral . . .

Tengo un ranchito criollo,
tiene a su puerta un parral . . .
con aquellas barraquicas
poquita cosa se va . . .

Canta un *cabecita negra*
en su jaula, sin parar . . .
¡páece una *caber-nerica*
de aquellas de por allá! . . .

Un campito en la llanura
mis bueyes arando están
cae la simiente en el surco
y lleva el aire un cantar . . .

En la tierra y en el cielo
las confianzas están . . .
la buena tierra se ofrece
tan madre aquí como allá.

Puse allí mis esperanzas
y también las puse acá . . .
he sembrado un campo de ellas,
digo, he sembrado un trugal.

Y tuve mis ilusiones
que aquí no me han de faltar,
pues más de una ya he plantado:
es decir, más de un rosal.

Ya, como aquél, este suelo
me da las flores y el pan,
y un no sé qué de mi tierra
le voy encontrando ya . . .

Y ya, corazón adentro,
esta tierra siento entrar

y al quererla, quiero aquella
que no olvidaré jamás.

Por eso, a veces, suspiro,
sin que pueda asegurar
si es suspiro de tristeza
o si es de conformidad.

Por eso, a veces, suspiro
y hasta digo: «¡Qué más da
orillicas del Segura
que orillas del Tunuyán!»

.....

Blancos de nieve los Andes,
blanco el Aconcagua está...
páecen las sierras de Espuñá... (1)
páece el pico del Cajal!... (1)

Sentado estoy a la lumbre
y arde leña de chañar...
al calorcico, recuerdo
lo que no puedo olvidar...

Sentado estoy a la lumbre,
pasan mis horas en paz
rodeado de los míos...
¡éste también es mi hogar!

.....

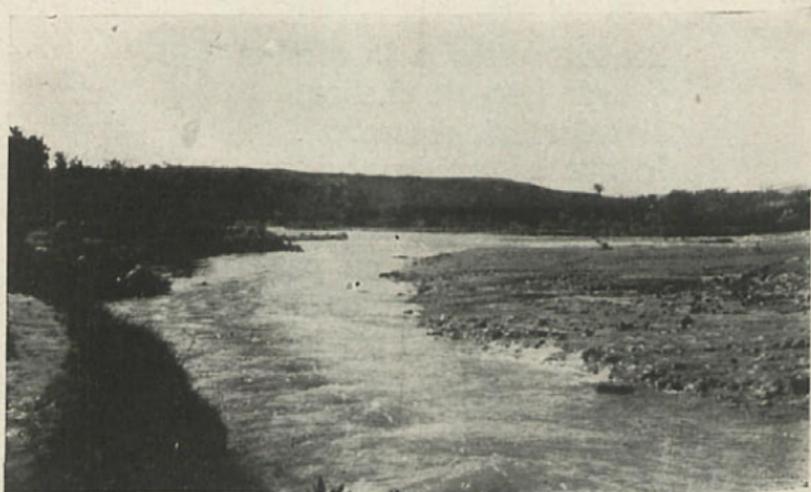
Dulce es el agua que corre...

(1) Sierras de mi país.

verde la orillica está . . .
verdean mis sementeras
y echa rosas un rosal . . .

Dulce es el agua que corre,
¡pero aunque lo fuera más!
¡¡no es el agua del olvido,
pues no te puedo olvidar!!

Orillas del río Tunuyán, al pie de los Andes, año de 1910.





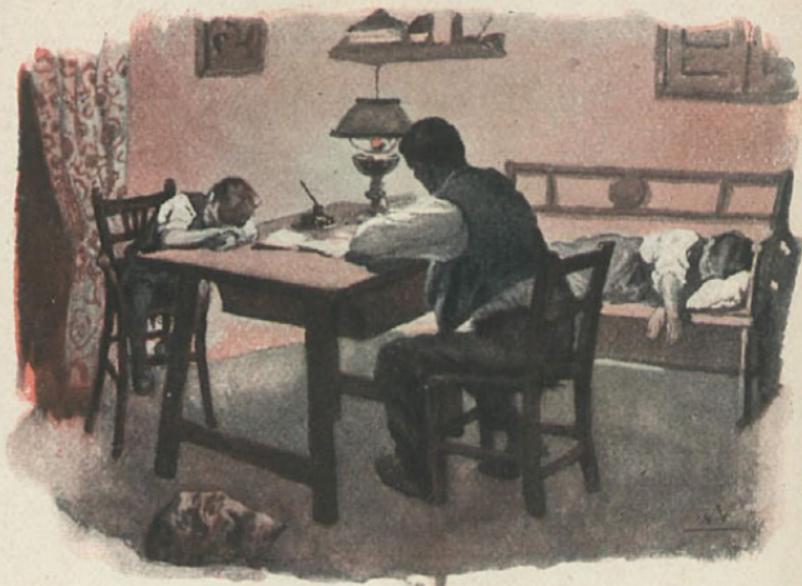
ABONICO (1)

RECIBÍ tu carta y, como una música
dulce, en el oído
llevo, desde entonces, aquello que dices:
«Leyendo tu carta estoy abonico»...

Me dices asina:

«Duermen en la casa...
»me he quedao solica y voy a escribiros...
»me he quedao cosiendo, pero no cosía...
»pensaba en vosotros y me he embebeció
»dista que la aguja
»he dejão caer sin sentirlo...
»He sacao tu carta; la llevo en el seno;
»no sé cuántas veces ya me la he leído...
»pero no me canso... me gusta leerla
»a mis solas y así despacico...

(1) En voz baja.



»Duermen en la casa . . . Pensando en vosotros,
 »yo velo y suspiro . . .
 »Leyendo tu carta páece que estáis cerca
 »¡y estáis tan lejícos! . . .
 »leyendo tu carta vuelo hacia vosotros
 »cual si me nacieran alas de cariño . . .
 »Páece que estáis cerca . . . más cerquica cuanto
 »más la voy leyendo . . . me páece sentirós . . .
 »me páece que os hablo . . . Por eso . . . ¡por eso!
 »leyendo tu carta estoy abonico».

Yo también, nenica, repaso tu carta . . .
 Es también de noche y ya tardecico . . .
 Alreor de la mesa, los nenes
 están ya dormíos . . .

Nosotros velamos
 también . . . lo mesmico
 que tú, suspiramos por tí, por vosotros,
 por la tierra que está tan lejícos . . .

Puede que a estas horas otra ves nos mientes . . .
 puede qu'igualico
 suspires y digas de nosotros esto
 que de tí decimos . . .

¡Lo que son las almas!: tan lejos, y páece
 que hablamos contigo! . . .
 También en tu carta
 nos páece, nenica, que tu voz sentimos . . .

Tan lejos . . . y se hace lo lejos tan cerca,
que dista nos páece sentir tus suspiros! . . .

En su paz, los nenes, como ángeles siguen
alreor de la mesa dormíos . . .
pa no despertarlos, yo también, nenica,
leyendo tu carta estoy abonico.



EN BUSCA DEL PAN

A mi estimado amigo y colaborador gráfico don Juan Riambau.

HACE más de tres años
que Juan salió de España,
desesperado el pobre
por la miseria horrible de su casa.
Les dijo a su mujer y a sus hijicos,
con un nudo de pena en la garganta:
“Iré hasta el fin del mundo
por el pan que nos falta.”
Pero en el mundo están, Señor, las cosas
como nunca de malas
¡y volver no ha podido Juan ni con un pedazo
de pan para su casa!...

*

Muy lejos de su tierra
leyendo el pobre Juan está una carta:
“Vente ya, papaíto...
vente ¡aunque vengas sin traernos nada!





INDICE

CARINOSO RECUERDO, POR LUIS BONAFoux.....	4
LIRISMO DE LAS CARTAS.....	5
CARTA A MARIA.....	8
VOZ DE ESPAÑA.....	13
CUENTAME, VIAJERO.....	15
¡AY, CALORCICO DE LA TIERRA!.....	17
LA VOZ DE LA TIERRA.....	21
MURCIA LA DE LAS FLORES.....	25
LAS MALAS NO SON LAS TIERRAS.....	29
CANTARES.....	35
ALABEGA FINA.....	37
LA VIEJA.....	41
EL ZAGAL DE LOS PAPELES.....	46
LA GUERRA.....	49
TIERRA DE PROMISION.....	55
LAS GOLONDRINAS.....	62
AYUDATE Y TE AYUDARE.....	67
LA YARARA.....	68
EN EL DESIERTO.....	74
EL CARRO TRIUNFANTE.....	76
FLORECICA DE ALMENDRO.....	81
DULCE ES EL AGUA QUE CORRE.....	85
ABONICO.....	89
EN BUSCA DEL PAN.....	93

OBRAS COMPLETAS DE
VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (Versos de amor).
- II ¡PADRE NUESTRO! (Breviario).
- III PATRIA CHICA (Sentimiento regional).
- IV EN LAS ESCUELAS (Preceptiva pedagógico-literaria).
- V EN EL MUNDO HUERFANO (Escepticismo).
- VI LA COMPAÑERA (Versos) Poema íntimo.
- VII CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES (¡A trallazos!) Prosa.
- VIII HUMO (Yo mismo. Autobiografía).
- IX SIN RUMBO (Versos) Amargo sentir.
- X A LA BUENA DE DIOS (Filosofía ligera) Prosa.
- XI ¡SED TENGO! (Poesía) Anhelos del más allá.
- XII HACIA UN SENSATO COMUNISMO (Orientación política).
- XIII LA TIRANA (El poeta-abuelo) Poesía.
- XIV AIRES MURCIANOS (Reedición del tomito Mignon).
- XV PALOS DE CIEGO (Filosofía del hombre bárbaro).
- XVI ¡MUJER, DIOS TE SALVE! (Poesía).
- XVII HECES (Prosa-Pensamientos).
- XVIII PAVESAS (Más versos de amor).
- XIX CENIZAS (Prosa del amor y de la mujer).
- XX GALANTES (Versos).
- XXI NINFAS Y SATIROS (Versos cínicos).
- XXII HIELOS (Versos del ocaso).
- XXIII ¡A OTRAS TIERRAS! (Prosa autobiográfica).

Correspondencia a: VICENTE MEDINA

SALTA 1215

Rosario de Santa Fe
(República Argentina)

Obras de Vicente Medina

TEATRO:

El rento

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo!...

OBRAS DRAMÁTICAS
INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

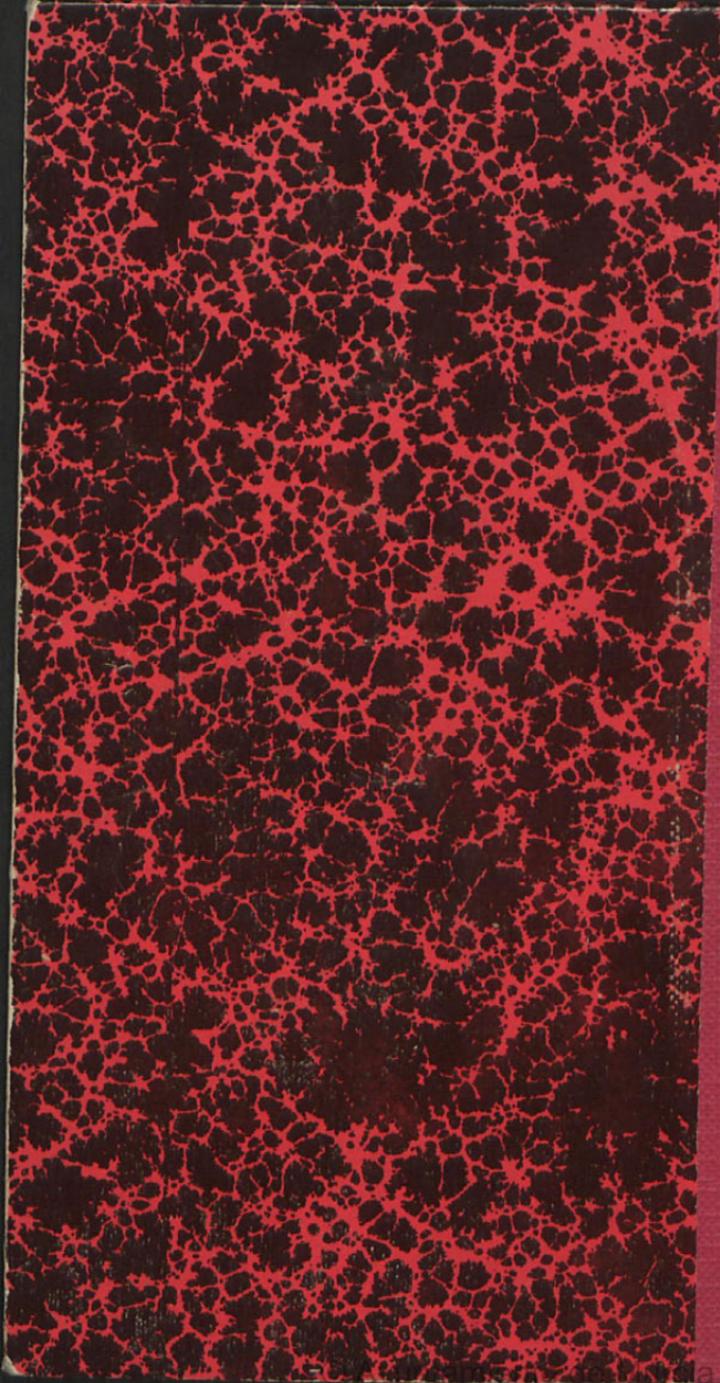
En lo oscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas





F

AN
A
EST
TA
N. P.



FOLLETOS

VARIOS

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

ESTE

17

TABA

C

N.º

10-42